

mundo, y si no se oyese hablar a los trabajadores en los campos, no se sabría allí si había vivientes en otras partes. Allí os acaricia la sombra, sonríe el idilio de la naturaleza. Hay allí una pequeña laguna cuya superficie se riza; cerca de ella, junto a las rocas, suelo encontrar a una joven de quince años, de ojos azules, de pies desnudos, que guarda una piara de cabras, que habita en el fondo de un barranco, en una miserable choza, en compañía de sus hermanas, que hilan en la rueca, esa pastora se enjuga en las hierbas los pies que moja en los charcos; cabras, ovejas y corderos están paciando; cuando yo me aparezo, la pobre niña se asusta y me sonríe; yo la saludo encantado de su candor. Sus corderos saltan en los prados y dejan en los matorrales vellones como copos de nieve. Me alejo de allí, y al terminar el crepúsculo vespertino, desaparecen de mi vista la niña y el rebaño; oigo a lo lejos cantar a la joven cabrera; y allá a lo lejos, ante mí, el antiguo guardián de las olas, de las algas y de los arrecifes, el pastor promontorio con su sombrero de nubes, se pone de codos y permanece pensativo, oyendo los murmullos de todos los infinitos, y contempla cómo la luna triunfante rasga las nubes, mientras la obscuridad tiembla, mientras las ráfagas del aire dispersan a todos los vientos, con sus furiosos soplos, la lana de los siniestros corderos del mar.

Jersey, abril de 1855.

## XXIII

Para ti he cogido esta flor en la colina. En las escarpadas rocas que se inclinan hacia el mar, morada del águila,

crecía en las hendiduras de las peñas. Se obscurecían los flancos del silencioso promontorio, y yo veía, a guisa de un arco de triunfo en el sitio en que se obtuvo una victoria, por la parte en que se ocultó el sol, batir la noche sombría un pórtico de nubes. Dos barcos se perdían en lontananza por el mar; algunos techos a lo lejos reflejaban aún los últimos resplandores de la tarde. He cogido para ti esta flor, amada mía; es pálida y no tiene aromas; sus raíces no han tomado en las crestas de las montañas más que el acre olor de las blanquecinas gaviotas. Al verla exclamé:—«Pobre flor, desde el alta cima en donde naciste debías caer al abismo profundo, donde se pierden las algas y las nubes; te cogeré y morirás sobre un corazón, que es un abismo más hondo. Marchitate sobre su seno, en el que un mundo palpita. La naturaleza te creó para que te deshojaras en las aguas, para que murieras en el mar; pero yo te entrego al amor.» El viento agitaba las olas y se iba desvaneciendo la última claridad del día. ¡Qué triste estaba meditando allí, cuando el negro abismo se apoderaba de mi alma con todos los estremecimientos del crepúsculo!

Isla de Serk, agosto de 1855.

## XXIV

## LOS DESGRACIADOS

## A mis hijos

Ya que nuestra triste situación nos impulsa a las luchas de la vida, hijos míos, ocupémonos algo de la existencia. Recuerdo que un día, caminando por un frondoso bosque, por el que se cru-

zaban hondos barrancos, en uno de los sitios en que se borraba el sendero oculto por las hierbas y por las malezas, vi entre los árboles el humo de la chimenea de una choza formada de barro y de juncos. El humo apenas llegaba a la copa de los árboles, las ventanas eran grietas formadas en las paredes; diríase que las rocas trataban de ocultar aquella miserable morada. Entre los matorrales estaba buscando el sendero para llegar hasta la cabaña, cuando pasó un muletero cantando y dando latigazos a las bestias de carga que conducía.—«¿Quién vive allí?»—le pregunté a aquel hombre.—«Un desgraciado»—me contestó.

\*  
\* \* \*

Me dirigí a la choza, situada en el fondo de un barranco; una rama de un árbol, de la que pendía una gota brillante, creí que era un dedo que me señalaba el camino; el viento me abrió la puerta, y me hallé ante un viejo groseramente vestido, sentado sobre una peña, cerca de un hogar, en el que había algunas ropas secándose. En aquella choza, abierta por todas partes, vivía solo, día y noche, sin cerradura, sin llave y sin perro; la pobreza guarda a los que nada poseen.

\*  
\* \* \*

Entré; el anciano comía una manzana sin pan y bebía un sorbo de agua, y yo compadecí a aquel desgraciado. ¿Cómo podía vivir de ese modo? Era espantoso pensar que moraba allí en el invierno, en aquel lugar solitario y abierto, sin tener un mísero camastro,

porque se acostaba en tierra, en un rincón y sobre un puñado de paja.—«¡Debéis pasarlo muy mal, debéis sentir mucho el frío, le dije; vuestra suerte es muy triste!»

\*  
\* \* \*

«Compadeced a los demás, me respondió el anciano. Vivo a la sombra de este inmenso bosque y bajo el manto inmenso del cielo; no tengo lecho, pero tengo sueño. Apenas nace el alba, cuando veo revivir esa selva, cuya fragancia me embriaga, esos manantiales y esas flores, no hallo motivo para quejarme, siendo como soy el hijo de la casa. No he hecho mal a nadie, y tranquilo vivo en la miseria, teniendo la buena vecindad de Dios, al que siento cerca de mí en esta sombra vasta y santa en la que vine al mundo. Como no tengo ambición, únicamente le pido a Dios que me deje llegar hasta las ramas de los árboles cargados de frutas. Dios está contento de mí, yo de él, y soy feliz.»

\*  
\* \* \*

Era yo en otro tiempo, como lo soy ahora, el viajero que visita todas las miserias, el hombre soñador. Hijos míos, siempre camino meditando a través de las nieblas, a través de las doradas mentiras, a través de las tumbas, de los fantasmas, de las apariencias de sombra y de claridad, y siempre un secreto instinto me impulsa a conocer el fondo del sufrimiento humano. Me atrae el abismo de los dolores: otros sondean la profundidad del Océano y se sumergen en los mares; yo prefiero las

heridas del corazón; espantoso es su pre al contemplar la tranquila sonrisa abismo, pero no lo es menos el mío. de aquellas cabezas cortadas. Vi a Co- Desciendo a mayor profundidad que ligny; al relumbrar de las espadas res- ellos, porque sé que a todos los buzos plandecía ante mi atónita vista lívido y Dios reserva alguna largueza; a ellos radiante. Sócrates me presentaba su las perlas y a mí la cordura.

\*  
\* \*

Con frecuencia, estando postrado de rodillas ante las tumbas, he tenido la gran visión de la suerte, y hubo momentos en los que el destino se me apareció como un cielo, en el que, en vez de estrellas, brillaban almas. Todo lo que se llama agonía e infortunios, las hogueras, los tajos y las horcas, resplandecían en aquel fantástico crepúsculo. Vi en aquella oscura y sombría transpariencia pasar al hombre de Roma y al hombre de Florencia, a Catón con su blanco manto y al Dante con su fruncido ceño; al uno con el puñal clavado y al otro con la nostalgia del ostracismo; Catón estaba alegre y el Dante apacible. Vi a Juana de Arco atada al poste de la hoguera que para ella encendieron en la ciudad, y la dije: —«Tu humeante pira es menos flamígera que centelleante.» Vi a Campanella meditando mientras le torturaban, y nutrir su pensamiento con el potro, con los garfios, con las pinzas y con los calentadores. Vi a Tomás Moro, a Lavoisier, a Loiserolle, a Juana Grey, a Carlota Corday, a Mad. Roland, a Camilo Desmoulins, desangrándose y ensimismados; a Robespierre, de miradas frías; a Dantón, con sus arengas soberbias; a Juan hablando en el desierto, a Malesherbes, a Egmont, a Andrés Chenier, soñador de puros ideales, y mis ojos quedaron deslumbrados para siem-

pre al contemplar la tranquila sonrisa de aquellas cabezas cortadas. Vi a Co- ligny; al relumbrar de las espadas resplandecía ante mi atónita vista lívido y radiante. Sócrates me presentaba su copa, diciéndome: —«¿Tienes sed? bebe aquí la vida.» Huss, al verme llorar, me decía: —«¿Me envidias acaso?» Y Thraseas, abriéndose las venas en el baño, exclamaba: —«Roma es el fruto de la antigua raza sabina; el sol es el fruto de esos ramajes siniestros que la noche extiende sobre nosotros y que llamamos tinieblas, y la alegría es el fruto del árbol gigantesco del dolor.» Vi a Cristóbal Colón, el invasor del mar, el cazador del águila que se llama América, el hombre guiado por la mano de Dios, que descubre y entrega un mundo y recibe en recompensa la cadena, y que exclamaba: —«¡Todo va bien, adelante!» Saint-Just me decía: —«Estoy libre y vivo.» Phoción, al morir, me lanzó esta frase: —«Creo, y doy gracias por esto a los dioses.» Savonarola, al aproximarme al brasero del que acababa de sacar la mano quemada, me dijo: —«No temas morir. ¿Qué vale el mundo? ¿Es la materia de tu cuerpo la que te hace amar la vida? Pues la verdadera vida no es la de la carne; no temas a la muerte. ¿No sientes dentro de ti algo parecido a alas cautivas? ¿En tu murado pensamiento no sientes como encerrado un ángel que solloza silenciosamente? El que muere se engrandece. El cuerpo, esposo impuro del alma, está lleno de bajos apetitos que le arrastran a los vicios, es pesado, fétido, abyecto, enfermizo lleno de úlceras cubierto de una piel que se arruga, tiene un vientre repugnante, se adormece, y llegada la hora de la muerte, el alma vuela a la celeste esfera, libertada del horrible monstruo.»

\*  
\* \*

Una noche que se apareció ante mis turbias pupilas el fantasma de una ciudad con el espectro de su muralla, oí como en un sueño, en el que todo tiene formas imprecisas, a los alrededores de un templo de enorme cúpula, una voz que salía debajo de un montón de pedruscos negros, por el que la sangre corría a raudales, una voz que murmuraba preces y oraciones: era la de Esteban, el mártir, el dilapidado, que bendecía las piedras exclamando: —«En mi frente refleja la celeste luz. En adelante los hombres se amarán unos a otros. Jesús reina. Dios mío, recompensad a los hombres, porque ellos me han elegido para conseguir vuestra eternidad: piedra a piedra mis hermanos me han lanzado hasta el seno del paraíso.»

\*  
\* \*

Vi también de pie a la dolorosa madre, cuando por todas partes densa y espantosa bruma envolvía los alrededores del Gólgota, cuando Cristo exhaló su espíritu, cuyo último hálito apagó la luz. Su madre estaba al pie de la cruz, y contemplándola me dije a mí mismo: —«¿He aquí la imagen del dolor! ¿Qué es lo que tenéis, madre, entre vuestros dedos divinos?» Entonces, en silencio, volviendo hacia mí la dolorosa faz, levantó la mano derecha, la abrió sin decir palabra, y vi brillar en ella la estrella de la mañana. No obstante, Señor, su dolor es verdadero, y esa madre que solloza amargamente al pie de la cruz, recibe el consuelo de saber que tras de aquellas tinieblas apa-

recerá el sol, y mientras sus ojos mortales lloran lágrimas de sangre, siente la inefable alegría de saber que su hijo es Dios y de que vino al mundo a redimir a los hombres. Sin embargo, nada espanta, sobresalta ni angustia como ese tiempo lúgubre, en el que el ignorante género humano, temblando de pavor, lo mismo en los banquetes que en los martirios, oye sollozar a María y reír a Trimalción.

\*  
\* \*

A lo que acabo de decir, la multitud contesta: —«Es verdad, pero son gratos y envidiables el martirio y la muerte cuando los acompaña la celebridad; cuando el sacrificado se llama Sócrates, Juan Huss o el Mesías; cuando se quema el incienso en las llamas de la hoguera que os abrasa; cuando los siglos y las naciones están presentes y os levantan suntuoso cenotafio que llega hasta las nubes, porque la guillotina atraería al hombre más pusilánime si supiera que habían de colocar su ataúd en lo alto de una pirámide. Halaga morir cuando se camina a la muerte recogiendo por el tránsito las bendiciones de la humanidad, cuando grupos de hombres llorando besan vuestras santas huellas, cuando todos los labios exclaman: —«¡Vas con tu recuerdo a iluminar el espacio; espectro deslumbrador, vas a dorar la historia, y ceñido con la diadema del triunfo, te sentarás en el panteón de los hombres inmortales!» Halaga la muerte cuando el patíbulo tiene aspecto de altar, cuando conocéis que os admira el verdugo que os quita la vida, cuando sabéis que el cadáver se levantará convertido en estatua; se muere sin pesar cuando dejamos tras de nosotros claridad, honor y

gloria. El hombre es tan vanidoso, que desdeña el tormento cuando a él le llega real y trágica, ventura, cuando le torturan colosales tenazas. Cuando los instrumentos del potro salen de fragua inmensa y desconocida, nuestro orgullo no hace caso de las heridas abiertas y se consuela de los agujeros que en la carne ahondan los clavos, contemplando el ingente tamaño del martillo. Hagala ser el mártir del ilimitado abismo, ser el titán clavado en una inmensidad; nos agradan los sufrimientos sublimes.

\*  
\* \*

Pero esto es un error. Lo sublime está bajo. La grandiosa elección consiste en elegir la afrenta. Así como algunas veces la púrpura mancilla, otras muchas veces el cieno da brillo. El fango inmerecido que salpica a un alma ilustre, el oprobio, la profunda mazmorra adonde nos arroja la suerte, la prueba del sacrificio a la que la desventura nos arrastra, son el colmo luminoso de la grandeza serena. Cuando en el suplicio que estamos sufriendo, el miserable destino nos insulta, cuando amontona sobre nosotros burlas, vituperios y afrentas, y tantos contrasentidos entre la suerte y el alma, que nuestra vida llega a la deformidad, entonces la belleza del sacrificio radica en sus dolores, como sucedió a Sansón en Gazza y a Epicteto en Roma; la abyección de la suerte origina la glorificación del hombre. Lo que constituye en la tierra la pureza, la hermosura y la nobleza del hombre, es su caída, el abatimiento y la miseria exterior, que acepta para no perder la grandeza interior. Nada es tan grandioso como oír rugir a la calumnia y al odio, como caer en la obs-

curidad viviendo en plena luz, como causar espanto, como ver que el hombre dichoso os escarnece viendo que gotea sangre vuestra llaga, como que os escupan al rostro, cuando se soportan todas esas humillaciones por defender la virtud, la verdad y la justicia, por defender el bien o por defender el honor. Es grandioso que el justo se vea aislado, cubierto apenas con un miserable harapo que no tape las llagas que le corroen, y que en ese estado desafie al dolor, a los hombres y a los gusanos; aunque Prometeo sufrió algo semejante, Job, tú conseguiste elevar tu estercero más alto que el Cáucaso.

\*  
\* \*

El justo, cuando se ve menospreciado, como el gusano que aplastamos, me deslumbra más a medida que más se le carga de vituperios. Cuantos más tormentos emplean los feroces verdugos para que sea más vil la ejecución, más se engrandece la víctima ante las miradas del espíritu. ¡Oh cruz! ¡los dos ladrones crucificados son los dos rayos del Cristo!

\*  
\* \*

Todos los que han sufrido se me han aparecido siempre esplendorosos, satisfechos y radiantes, felices, con las heridas en la carne y con el alborozo en el alma; unos arrojados a las hogueras y convertidos en perfumes; otros sumidos en la obscuridad y trocados en auroras; los cristianos devorados por las fieras en los circos, saludando al César al morir; los pensadores sonriendo, al sufrir los autos de fe, las espadas, las argollas, el baño de azufre; y me he

dicho a menudo a mí mismo:—«¿Quién es, pues, el que sufre? ¿Quién merece, Dios mío, la piedad que en mi corazón haces nacer? ¿Para quién la he de destinar? ¿Dónde están los desgraciados?» Dios me contestó:—«Mira.»

\*  
\* \*

Y ante mi vista desfilaron palacios, festines, mujeres de deslumbradora blancura, altas paredes recubiertas de jaspes, serpientes de oro enroscadas en ricas columnas, vastos doseles pendientes de artesonadas techumbres; voces alegres que decían:—«¡Vivamos y gocemos!» Desfilaron ante mis ojos liras, laúdes, clarines, órganos, constituyendo inmensa orquesta; hombres y mujeres satisfechos, que cantaban y que bailaban, y cuyas frentes altivas y brillantes diríase que iban a tocar con el cielo; y al mismo tiempo, en derredor de ellos otras voces exclamaban:—«Hemos conseguido para siempre el triunfo, la fuerza y el poder.» Yo veía entonces en lo alto del lívido horizonte temblar la espada flamígera del arcángel.

\*  
\* \*

Disfrutaban aquellos seres de la luz de extraña aurora, vivían con orgullo y tínicamente pensaban en su felicidad. Dios les cogió a todos uno tras otro, al poderoso, al czar en su Kremlin, al imán en las orillas del Nilo, de la misma manera que hubiera podido coger en la perrera a los cachorros de un perro, y como un día separó las olas del mar, abriendo ante mi vista con sus dos manos los pechos de todos ellos y escarbando con sus dedos resplandecientes

sus entrañas, me hizo ver la hidra que roían el interior de sus corazones.

\*  
\* \*

Aquellos hombres y aquellas mujeres se estremecían; se les cayó el rostro risueño, como si hubiera sido una máscara, y quedó al descubierto en su pensamiento un monstruo espantoso y encorvado, un enano inquieto, sentado sobre el horrible cráneo de aquellos desdichados. Espantado al ver aquella transfiguración, les pregunté:—«¿Quiénes sois?», y aquellos seres, que casi no conservaban faz humana, me contestaron:—«Somos los que causamos el mal, y porque lo causamos lo sufrimos.»

\*  
\* \*

Vana nube la de los placeres y de las afrentas vuela y se desvanece; el dolor pasa gritando:—«¡Espera!» Me lo hicisteis comprender vos, Padre, Juez; vos que sois la Justicia y la Clemencia. Es mendaz la risa del éxito y del triunfo; invisible dedo se pasea acariciando cada uno de los eslabones de la cadena de la miseria humana; el infortunio sostiene a los que arrastra a luchar; la indigencia es un bien para el que sabe aprovecharlo; la armonía eterna vibra en derredor del pobre y le mece; el esclavo tiene alma y es libre; el mendigo puede decir:—«Soy rico, porque Dios está conmigo»; la inocencia, sufriendo las torturas, exclama:—«Aun puedo sufrir más.» La deformidad se ríe en Esopo y la fiebre se mofa en Scarrón; cuando yo pregunto si el dolor es un mal, Zenón, apareciendo tranquilo ante mí, me contesta que no. El martirio causa alegría y transportes, el suplicio